

# MONTILLA Y EL CATALANISMO

JORDI FONT

Soy de los que fueron señalados en su momento como “los catalanistas del PSC” (desde la simplificación exterior, por descontado). Debo aclarar, sin embargo, que nunca me satisfizo esa calificación exclusiva, por dos razones: porque mi particular “cebolla identitaria” contiene otras capas no menos interesantes y de las que me disgusta prescindir; y porque la limitación del calificativo a unos cuantos socialistas parece destinada a negar al PSC su condición de gran partido del catalanismo de izquierda.

Claro que el PSC, como gran partido que es, incluye acentos y tradiciones diversos, vibraciones de registro múltiple, entre las cuales el catalanismo ofrece sin duda intensidades variables. Esas diferencias, sin embargo, suman un fuerte partido socialista con una clara resultante de catalanismo de izquierda. Porque el socialismo es también, necesariamente, una opción por el autogobierno de los pueblos, no en vano su razón de ser es el combate por todas las emancipaciones humanas. Eso sí, el catalanismo del PSC no tiene que ver con el “nacionalismo” conservador ni con el “cofoisme” adaptativo, sino con la tradición transformadora del catalanismo federalista.

Ello no quita que el PSC haya podido incurrir en contradicciones respecto a su catalanismo. Las contradicciones son un atributo común a los grandes partidos de gobierno, obligados a aterrizar sin paliativos, a meterse siempre en harina, a decidir pegados a la complejidad de lo real, sin escapatorias testimoniales. Seguro que el PSC ha cometido errores al respecto. Aunque no más errores que CiU, la gran formación conservadora catalana, que vivió en exceso del flamear de banderas, del usufructo abusivo de la patria y del pertinaz e inmoral anatema contra el socialismo catalán, para acabar abrazada al PP.

Hoy, culminada la Presidencia Maragall con un nuevo Estatuto que hace de Cataluña el autogobierno autónomo más avanzado de Europa, el viejo truco de

CiU contra el PSC resulta pólvora mojada. Pero no sabe manejarse sin él, no conoce otro modo de recuperar la hegemonía perdida. Por eso, está ensayando un sucedáneo: cuestionar el catalanismo de Pepe Montilla, dando a entender subliminalmente que quien vino de fuera no es fiable al respecto. ¿O es que CiU fundamenta su mensaje en alguna razón objetiva? No lo hace, porque no la hay. Y, al no hacerlo, está señalando a alguna “diferencia” del candidato, obviamente su cuna, como atestigua por otro lado el “agitprop” boca-oreja; con ello, se desliza el prejuicio y el recelo más venenoso y antipatriótico: la distinción entre catalanes por razón de origen.

Semejante actuación insidiosa pone en cuestión lo que ha sido el eje central del catalanismo popular a lo largo del siglo XX: el empeño común por resultar “un solo pueblo”. Montilla, en ese sentido, viene a ser un símbolo: el que vino de fuera, con su maleta y sus sueños, se metió en el crisol catalán -que nunca entendió de genes ni de cunas-, aportó lo que él era e hizo suyo el resto, peleó por la democracia y por Cataluña -mientras otros se hacían “hombres de provecho”-, después fue elegido y reelegido alcalde y ahora está dispuesto a representarnos a todos.

Quede claro, Montilla como Maragall representan por igual el catalanismo del PSC, el partido de la unidad civil del pueblo de Cataluña, del restablecimiento de la Generalitat, de los gobiernos locales que nos devolvieron la calle, con sus nombres, y que en 1992 pusieron a Cataluña en el mundo y en el futuro.

En cualquier caso, para calificar a alguien, hay que ceñirse a sus actos. En este caso, haría falta examinar la actuación de Motilla en alguna confrontación en la cual el catalanismo haya sido el principal discriminante. Se me ocurren dos de especial envergadura: por un lado, la grave crisis entre el PSC y el PSOE a raíz de las enmiendas que el primero quiso presentar a la LOAPA en 1981; y, por otro lado, el cataclismo que generó en la política española la excursión de Carod a Perpinyà y que puso la relación entre el PSC y el PSOE al rojo vivo.

En el primer caso, mientras unos cedían ante el PSOE y sus razones, otros se mantenían firmes, encabezados por Joan Reventós y Raimon Obiols, perdiendo

la batalla española (por el momento, porque en 1983 el Tribunal Constitucional acabaría por darles la razón) y librando una decisiva batalla interna que no se cerraría hasta el siguiente congreso del PSC (Castelldefels, 1982), con la victoria de “los catalanistas” (en palabras de algunos medios). Entre éstos, naturalmente, estaba Pepe Montilla. En el segundo caso, mucho más reciente, el huracán desencadenado por la derecha española no tenía precedentes como tampoco el vértigo del PSOE (en vigilias electorales), algunos de cuyos dirigentes reclamarían al PSC, en medio de grandes tensiones, la ruptura de la alianza con ERC. En esa ocasión, fue Montilla el protagonista silencioso y efectivo que se interpuso y mantuvo el tipo. Fue entonces cuando, en Madrid, empezó a decirse de él “Es el peor” (el más duro de pelar).

Montilla, como todo el mundo, tendrá cosas mejores y peores, pero miente gravemente quien cuestiona su catalanismo. Le avala su elección como candidato del PSC. Y le avala, sobre todo, su actuación en los momentos clave. La mentira y la insidia son siempre inaceptables. Más cuando pretenden reanimar miserables anatemas. Y no digamos cuando tratan de hacerlo movilizándolo, de manera vergonzante, lo peor de nosotros mismos. En ese caso, es una obligación moral y patriótica salir al paso del intento, hacerle frente. Hay algo básico en juego, no sólo el gobierno.

Artículo publicado en el sitio web de [Nou Cicle](#)